

separados en la tumba los que tanto se habían amado en vida!

Os dejé en la pensión, esperando adquirir la tranquilidad necesaria para traerlos á mi lado: no debe entristecerse á la infancia con el espectáculo de un dolor agudo y continuado; pero ¡ay! apenas había empezado á probar algún sosiego, tu hermana Clara se encargó de acibarar todos los instantes de mi vida.

Tú sabes lo demás, hija mía; tú sabes hoy si soy desgraciada al verme obligada á desterrarla lejos de mí. No quiero ocultártelo, Mérida: si te he permitido ir á esa aldea por algún tiempo, es porque voy ocultamente á ver á tu hermana. ¡Sí! Salgo para Barcelona: recuerdo la proverbial severidad de tu tío, rudo marino, que desde muy niño dejó el lado de nuestros padres y que surcaba los mares cuando murió tu abuelo. ¡Clara no me escriba! ¿Estará enferma? Esta sospecha desgarró mi corazón.

Salgo dentro de dos horas, y no lo he hecho antes porque quería saber que habías llegado buena: así, pues, hija mía, no me escribas hasta que yo te avise, y está tranquila acerca de mí.

Si tu hermana me pidiese el olvido de sus errores á cambio de una promesa de enmienda, la traería conmigo; vendrías tú, y yo sería al fin dichosa á vuestro lado. Reza, hija mía, para que esto suceda.

Obedece en todo y por todo á la Mariscala, y

ve á saludarla cada día: á pesar de sus rarezas— todas hijas de su orgullo, que es muy grande,— es una señora excelente y llena de virtudes, á quien amo como si fuera mi hermana y á quien tú amarás también; además es casi de la familia, por ser prima de la esposa de mi hermano, en cuya casa está Clara.

Adiós, hija mía: hasta que te escriba, que será en breve, recibe un tierno abrazo de tu cariñosa madre

LUISA DE CAMPOVERDE.

IX

Mérida á Mme. Honoria.

Urrea de Jalón, Julio de 18...

Cumplo, querida señora y amiga mía, con el mayor placer, el encargo que me hizo usted de que le escribiera apenas llegase á este pueblo; y lo cumplo con tanto mayor gusto, cuanto que no puedo escribir ahora á mi amada mamá, que debe hallarse en camino para Barcelona, adonde la llaman su ardiente deseo de ver á mi hermana y el cuidado que le inspira su silencio.

Yo, amiga mía, sería aquí muy dichosa á no impedir el complemento de mi felicidad el estar

lejos de las personas que me son más amadas en la tierra. Para distraer mi pensamiento de las aflictivas ideas que le asedian, no menos que para participar á usted mis impresiones, voy á contarle lo que he visto.

La casita de esta honrada familia es modesta, pero no carece de comodidades. La señora Marta, que á mis ojos es el tipo fiel de la esposa ejemplar, de la madre tierna y de la mujer cristiana, es el ángel bueno de esta familia: sólo conocen aquí el dolor por la presencia de Valentina, que no puede dominar la amargura que le causa el haber cambiado de posición. Mi querida señora: yo no sé qué decir ya á esta pobre muchacha para consolarla, ni aun para hacerle soportable la vida; tres días ha que he llegado, y á pesar del cuidado en que estoy por la salud de Clara y por la ausencia de mi buena mamá, todo me parece alegre, bello, encantador: esta casita de yeso y ladrillo, en cuyo patio nacen el reseda y los tomillos aposentándose en los rincones, y por cuyas agrietadas paredes corren las lagartijas; esta casita, que lleva por delantal un verde y florido huertecillo, y á la espalda un frondoso y fresco plantío de abetos y de tilos; esta casita risueña, con pequeñas ventanas entoldadas de blanca y humilde muselina y adornadas de macetas, me parece la mansión de la alegría, de la paz, de la felicidad, y... casi no me atrevo á decirlo... pero usted, amiga mía, comprenderá esta puerilidad: desea-

ría que mi madre, en vez de ser la noble Condesa de Campoverde, fuese una pobre aldeana como la señora Marta, para vivir yo á su lado en una casita como ésta.

¡Qué hermoso está el campo durante las horas de la velada! Anoche no podía resolverme á irme á recoger. A la espalda del extenso corral hay una puertecita que da al plantío de los abetos: allí hizo sacar sillas para todos la señora Marta; éramos ella, su esposo, los dos hijos del alcalde, su hija María y yo. Valentina, que se había quejado de dolor de cabeza, se había ido á acostar.

Cantaba el ruiseñor en la espesura del bosque; la luna dejaba filtrar sus apacibles rayos por entre las ramas de los árboles, y una fuentecilla natural, que se transforma en arroyo á los pocos pasos de su nacimiento, murmuraba dulcemente; las ranas dejaban oír su monótona canción, que tanto alegra á los niños, y que, lo confieso, por fea que sea, transmite á mi alma un dulce y apacible bienestar; el cielo estaba vestido con su más hermoso manto azul, y alguna estrella reía á largas distancias como para consolar á los que lloramos aquí abajo.

¡Oh, amiga mía! ¡Qué hermoso es el campo en las noches de estío! ¡Cuánto murmullo brota de la tierra como para bendecir á Dios! ¡Cómo canta al Supremo Hacedor un himno de alabanza toda la naturaleza! Yo no sé si es que mi salud, siempre delicada, separa mi afición del bullicio de las

ciudades, de los placeres tumultuosos, de todo lo que es falso y mentiroso; no sé si mi alma, dotada, según usted dice, de una sensibilidad enfermiza, prefiere la soledad del campo al incesante movimiento de Madrid; pero es lo cierto que delante de esta naturaleza, grande y majestuosa, donde oigo en mi alma la voz de Dios, donde veo su mirada en las estrellas, su sonrisa en las flores, y siento el soplo divino de su aliento en la brisa que resbala sobre mi frente... ¡oh, sí! es muy cierto que soy dichosa, y que aquí quisiera vivir todo lo que me resta de existencia con mi madre y mi hermana.

En esto pensaba yo, cuando oí una voz algo ruda, que me dijo con acento conmovido:

—¡Qué hermosa noche! ¿verdad, señorita?

Me volví, y vi á mi lado al hijo mayor del alcalde.

—Sí—le respondí—muy hermosa, y aquí se está muy bien.

—¡Qué!—exclamó con gran admiración,—¿no echa usted de menos á Madrid?

—No, señor—le contesté—sólo echo de menos á mi madre y á mi hermana.

—¡Ojalá—repuso él, con una candidez admirable,—ojalá que así pensase Valentina! ¡Pero ella no quiere á sus padres ni á nadie aquí... y, sin embargo, todos la queremos y podía ser muy feliz!

—Ya cambiará de modo de pensar—repuse yo.

—¡Ah! no cambiará—aseguró él con acento

triste y de profunda convicción.—Oiga usted, señorita—prosiguió con una ingenuidad dolorosa:—ya ve usted que Valentina es muy bonita... más bonita que usted... y bien... yo la quería... y la quiero aún... soy hijo del alcalde, y mi padre, aunque no es rico, está mejor acomodado que el suyo... yo llevo ya cuatro años de estudiar leyes en la Universidad de la capital, y pronto seré abogado... Pues bien: hubiéramos hecho una excelente boda... y crea usted que hace veinte días me hubiera casado con ella... pero hoy, ya no: me he convencido de que me aborrece... Hallo en su cara algo que me da miedo, y es el desprecio que hacia todo lo que debía querer y estimar veo escrito en ella; en cambio, el mirar la de usted, aunque no es hermosa, me consuela: los ojos azules de usted son tan dulces, nos habla usted con tan *buenos modos* á nosotros, rústicos labradores, que siempre deseo verla y oirla. ¡A fe de Juan Bautista que digo la verdad!

—Amigo mío—repuse yo,—la urbanidad es un deber en la vida.

—Para usted no—opinó Juan Bautista.

—¿Por qué?

—¿No es usted hija de una Condesa? ¿de una gran señora rica? ¡Pues esas gentes, según dicen, tienen *más orgullo que Don Rodrigo en la horca!*

—Juan Bautista, mi madre, aunque es Condesa, no es orgullosa; tampoco es rica: desgracias imprevistas le han arrebatado una gran parte de

su fortuna; por lo demás, cuando era rica, era tan buena, tan amable, tan afectuosa como hoy. En todas las clases hay de todo, y mi madre es un modelo en la suya, en la que, por otra parte, hay muchas señoras que se le parecen.

Juan Bautista calló; después de un rato dijo:

—Mi hermano Santiago se casará con María, y será feliz; yo también podía haberlo sido: casados los dos, que tanto nos queremos, con las dos hermanas, ¡qué bien hubiéramos estado!

Volvió á guardar otro rato de silencio, y añadió:

—Y usted, ¿con quién se casará?

Esta pregunta me aturdió; pero el mismo Juan Bautista se dió la respuesta, diciendo:

—¡Con algún gran señor rico! Esa será la intención de la señora Condesa; pero dele usted gusto en todo menos en semejante particular: yo sé lo que son los grandes señores, que algunos estudian en la Universidad por ser algo; pero yo no los quiero ni á tiro de cañón.

No me admiró esta sorda hostilidad del labriego hacia nuestra clase; tampoco pensé en combatirla, y respondí con sinceridad:

—Tal vez no me casaré nunca.

Juan Bautista quiso hablar. A la clara luz de la luna vi brotar como una ráfaga de alegría de sus grandes ojos negros; su boca, de finos labios, se movió como para decir algo; pero no percibí ningún sonido.

Apoyó la mejilla en la palma de la mano, y

volviéndose un poco á un lado, pareció buscar en la extensión del camino algo que no venía; yo tenía entre los dedos una ramita de almendro en flor, y sintiendo fatigada mi cabeza con su penetrante aroma, me levanté para retirarme, y la dejé caer.

—Hija, ¿te vas á acostar?—me dijo la señora Marta, que me trata tan maternalmente como á sus hijas.

—Sí, señora—le contesté,—si usted y el señor Nicolás me dan licencia: me duele un poco la cabeza.

María se levantó corriendo, dejando á su novio; me tomó del brazo, y me dijo:

—Ven, que te haré una tacita de te: yo lo hago muy bien, según dice mi madre.

—¡Id, hijas mías—añadió la señora Marta;—ahora mismo voy yo también.

Habíamos andado cinco ó seis pasos, cuando advertí que me había olvidado del pañuelo, y volví á buscarle.

Al llegar al sitio que antes ocupaba, vi á Juan Bautista que recogía la ramita de almendro y la guardaba en el pecho.

¿Qué querrá decir esto, amiga mía?

Poco tardaré en volver á escribir á usted. Adiós por hoy, y usted, que es tan buena, ruegue al cielo por mi madre y por mi hermana.

La abraza de todo corazón su apasionada

Mérida
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

X

Clara de Campoverde á Mérida.

Barcelona y Julio de 18...

Te escribo, mi querida hermana, en nombre mío y en el de nuestra mamá, que llegó ayer, ó por mejor decir, á quien ayer vi, después de dos días que se hallaba aquí, en casa de nuestro tío, bajo el mismo techo que yo.

Hoy, Mérida, conozco cuán ingrata he sido á su amor, y te envidio á ti, que nada tienes que reprocharte; hoy siento mis ojos llenos de lágrimas al prepararme á contarte nuestra entrevista.

¡Perdón, hermana mía, por haberte privado de su adorable compañía, apenas salida de tu pensión! Mi silencio alarmó su ternura, y hubo de dejarte bajo el amparo de esos rústicos, para venir á tranquilizarse acerca de lo que creía el mal estado de mi salud.

¡Ah! ¡Mi silencio era motivado por otra causa muy distinta! Estaba buena, y, por la primera vez de mi vida, era tan dichosa que me olvidé de todo... de todo... ¡hasta de nuestra madre y de ti!

Pero debo proceder con orden en mi narración, á lo menos en cuanto lo permitan el extravío de mi cabeza y la embriaguez de mi alma. Te diré en pocas palabras de qué modo he conocido cuánto es lo que me quiere nuestra madre, y de qué modo me he curado de unos sombríos celos que sentía hacia ti. ¡Sí! ¡Perdóname esta confesión vergonzosa!... Tenía envidia del tierno amor que te profesa nuestra madre, y creía que yo le era del todo indiferente.

Vehemente en todos mis sentimientos, te acusaba, Mérida, aunque no podía dejar de quererte, y me decía si no valía yo más que tú en belleza, talento y gracias.

A no ser por el irresistible encanto que reside en ti, y que también en mí ejercía su influencia, te hubiera aborrecido.

¡Pero, Dios mío! ¿Adónde me conduce mi fantasía, tan desarreglada siempre? ¿No es verdad, hermana mía, que esto no debía confiarlo al papel, sino confesártelo de rodillas, delante de ti, llorando, besando tus manos blancas y pequeñas? ¡Sí! ¡Yo sé que esto debía hacer, y, sin embargo, Mérida, mi corazón se desborda, y se lanza al tuyo, tan bueno, tan noble, tan generoso! ¡Mi corazón será siempre para ti un libro abierto, ora se realice para mí el sombrío destino que antes presentía, ora ilumine mi vida el rayo de luz que ahora me tiene deslumbrada!

Llegó mamá á las seis de la mañana: yo dormía

aún, y pudo combinar con nuestros tíos su plan, que consistía en verme durante dos ó tres días, sin dejarse ver de mí, para no echar por tierra, sin duda, sus medidas de severidad.

Yo, que todo lo ignoraba, seguí mi acostumbrado curso de ocupaciones, y ella me estuvo viendo y escuchando todo el día.

Por la noche nos sentamos en la galería, que nuestra tía ha llenado de macetas de flores; vinieron á pasar la velada con nosotros los amigos de costumbre y *él*. Pero ten paciencia, Mélida... ¡ya te diré luego quién es *él*... ¿Crees que es aquel estudiante de frente al colegio, de quien me creíais, y me creí yo misma, prendada?... ¡Oh, no! ¡Comparado aquél con éste, era el abrojo rastrero al lado del joven laurel que levanta al cielo su cimera inmortal! ¡Era la negra nube que enturbió el sereno cielo de mi alma, y éste es el radiante sol que la ilumina!

¡Ah! no quiero hablarte de él, Mélida, y no puedo hablarte de otra cosa. Acabaré pronto lo que te decía para abrirte el pliegue de mi corazón en que está concentrada toda mi vida.

A las once se retiraron todos: nuestro tío se fué á acostar, y yo quedé sola con tía, triste é inmóvil como el ciego que ha perdido la luz, pues sólo existo ya por su presencia.

—Clara—me dijo aquélla con su gravedad acostumbrada,—¿escribes á tu madre?

—Ya hace tres semanas que no lo he hecho—

le respondí, disimulando el rubor que me causaba esta pregunta.

—¡Qué dices!—exclamó ella.—¿Es posible que seas capaz de ese descuido?

—Tía—le respondí,—yo también me ofendo de algunas cosas, y lo estoy de que mamá no responda nunca á mis cartas.

—Ya sabes que le has dado graves motivos de disgusto, y no comprendo que ahora, que puedes, no intentes desenojarla. Sí—prosiguió nuestra tía al ver que yo la miraba estupefacta:—podías desenojarla hablándole de lo que pasa... de tu amor de hoy, que le complacerá tanto como se ofendió del otro.

—¡Oh, sí!—exclamé abrazando á nuestra tía;—y lo haré mañana mismo!

Nos fuimos á recoger. Al día siguiente, mi primer cuidado fué escribir á mamá: apenas acabé mi carta, fui á leérsela á nuestra tía; pero aún no había llegado á la mitad, me hallé entre los brazos de la misma á quien me dirigía.

Mi carta era tierna y casi humilde... ¡Qué mucho, si soy feliz! Mélida, nada endurece tanto el corazón como la desgracia, y hay pocos dichosos que sean malos.

Yo siento resonar ahora dentro de mi alma un himno celestial; todo es bello y alegre en derredor mío: el aire es más puro, las flores más hermosas, el cielo más brillante, la luna más dulce, la campiña más verde, el sol más espléndido. ¿Qué será

esto que siento en mí? Pide á Dios que te lo deje sentir algún día, y podrás decir con verdad: «¡Yo he vivido!»

No me acuses de cruel, hermana mía, y oye ya la confianza que hace tanto rato pugna por salirse de mi corazón: el que amo es César de Montemar, el hijo de la Mariscala, que es también sobrino de nuestro tío, aunque no es primo nuestro. ¿Comprendes bien mi felicidad? ¡Nada habrá que se oponga á nuestro amor... nada... nada!

César acaba de volver, con su ayo, de sus viajes por Alemania, Suiza, Inglaterra y Francia. ¡No sé cómo describirte su belleza, á la vez soberbia y dulce! Su belleza habla al alma; pero ni la palabra ni la pluma la pueden pintar. Cuando él me dice que soy bonita, lo creo, porque en sus labios sonríe la verdad; cuando me habla de su amor, me siento más orgullosa que una reina.

Es preciso que deje este asunto, porque el correo sale. ¡Ya te lo contaré todo, Mélida mía! ¡todo! ¡Y tengo tanto que decirtel!... ¡tanto!... ¡Como que es toda una vida, porque yo antes no vivía!

Mamá no te escribe: lo hará mañana, porque ahora ha ido, con nuestra tía, á comprarte vestidos de campo; de mi parte recibirás dos, blancos, que te harán parecer un ángel. Me ha dicho que te abraza con toda su alma.

Hasta dentro de dos días, Mélida: también te abraza tu amante hermana

CLARA.

XI

Mme. Honoria á Mélida.

Madrid, Julio de 18...

Su carta de usted, mi querida niña, me ha llenado de zozobra; admiro, pero me entristece, la candidez con que usted me preguntá, después de hablarme de Juan Bautista:

—¿Qué querrá decir esto?

Eso, querida Mélida, quiere decir que ese labriego se ha enamorado de usted, y que el haber inspirado ese poco lisonjero amor puede ser para usted una desgracia.

Sí, hija mía, porque una desgracia es el inspirar un amor del que no se participa y al que no se puede dar ninguna esperanza. Soy de un país en que el coquetismo nace con la mujer, con ella muere, y produce terribles estragos: soy hija de París, educada en él y en él casada, y, sin embargo, no soy coqueta ni lo he sido jamás. El coquetismo me parece un arma mortal, y la coqueta tan culpable como el ladrón doméstico, porque hiere impunemente y á traición, como aquél: el uno, abusando de la confianza de los dueños, les roba su dinero y sus alhajas; la otra, abusando de los más sagrados sentimientos de la

buena fe, roba á cuantos puede la tranquilidad y la alegría.

No crea usted, amada Mélida, por lo que acabo de decirle, que la creo coqueta, no: sólo las mujeres de muy escaso valer pueden serlo, y usted, hija mía, vale mucho. No: jamás en ese corazón tierno y sensible, en ese alma elevada y piadosa, podrá caber el engaño y la doblez; jamás ese carácter dulce y magnánimo descenderá al engaño y á la bajeza: yo lo sé; pero, hija mía, ¿no es fácil que, sin saberlo, haga usted mucho daño, supuesta la existencia de un amor como el de Juan Bautista?

¿No es probable que ese joven brusco, dominante, pues tan pronto se ha enojado con Valentina, duro y grosero, la hostigue á usted; con sus pretensiones? Y en el caso de que un exterior bello intercediese en su favor para con usted; en el caso de que usted se interesase por su pasión, expresada de un modo rústico, pero veraz y ardoroso, ¿qué le ofrecería el porvenir? ¿qué esperanzas podría usted abrigar?

¡Nunca, nunca la bella, distinguida y delicada Condesa de Campoverde podrá creer en la existencia de ese amor, ni concederá que su hija pueda ni mirar á ese Juan Bautista!

Pero basta ya de un asunto que debe ser enojoso para usted, querida Mélida, y que lo es también para mí: yo le daré un consejo, uno solo, pero que me parece el más acertado para su actual

situación. Cuando el hijo del alcalde haga alguna demostración de amor, dé usted toda la severidad posible á su cara de ángel, y dígame que no la vuelva á mirar.

Ahora hablemos de otro asunto. Clara me escribe de un modo que me hace creer asegurada para siempre su dicha, y la dicha suavizará su carácter displicente y á veces iracundo: es un alma débil encerrada bajo una figura altanera y una fisonomía impasible. La desgracia, lejos de doblegarla, la haría casi feroz; la dicha la volverá dulce y cariñosa.

Me habla de su proyectada boda: según se ve, estaba determinado su casamiento con César de Montemar desde que ambos eran niños. La Mariscalá había destinado á su primogénito para la hija mayor de su amiga; la Condesa pedía á Dios que este proyecto llegase á realizarse, y ¡cosa rara! estos jóvenes, que habían dejado de verse casi en mantillas, se han hallado en el gran teatro de la vida, y se aman. Pocas veces es tan complaciente el destino.

César, según Clara me dice, vuelve ahora de sus viajes: al llegar á Barcelona, fué á casa de su tía la señora de G., y allí halló á Clara, sobrina también del esposo de aquélla. La Providencia parece haber determinado este encuentro: se han visto y se han amado, lo que es también muy natural. Clara me habla de César con entusiasmo; está loca de contenta; ha recibido carta de la Ma-

riscala, en la que la llama hija suya; el casamiento se ha fijado para dentro de tres meses, y quiere que este tiempo lo pasen á su lado Clara y su madre.

Pronto, pues, hija mía, será usted dichosa, teniendo á su lado, en esa apacible vida del campo, á su mamá y á su hermana: quisiera ver por un agujerito de la pared el plácido semblante de usted un día después de la llegada de ambas. ¡Qué sonrosado estará y qué alegre! ¡y qué feliz sería yo al abrazarla! Creo que abandonará usted la casa humilde de esa honrada familia, para habitar, en compañía de su mamá de usted y de su hermana, la quinta de la Mariscala, y que allí se formará una colonia de personas felices: esto es en parte ventajoso para ese pobre muchacho, quien viéndola á usted tan alta quedará deslumbrado. Creo que ha sido demasiado grande la condescendencia de su buena madre en dejarla descender así, para consolar y curar las sinrazones de Valentina.

Y ésta, ¿cómo sigue de su melancolía? A juzgar por la última carta suya que he recibido, sufre cada día más, y por mi parte he llegado á temer que sea víctima de ese desaliento que la domina. ¡Ah! ¡Qué triste verdad es que de nada sirven las más bellas cualidades cuando el orgullo domina en el alma! ¡Cuántos elementos residen en esa desgraciada niña, no sólo para ser ella feliz, sino también para hacer la dicha de todos los que

la rodean! ¡Qué admirable belleza la suya! ¡Qué gracia! ¡Qué elegancia tan natural y verdadera! ¡Y todo esto perdido, cuando tanto podía encantar á los demás!

Nuestro más grande enemigo, querida Mélida, es la excesiva ambición, que nos lleva á menospreciar todas las ventajas que resaltan en nosotros, y á desear las que poseen los demás ó las que pensamos que les adornan: ¡como si Dios, todo bondad, amor y sabiduría, no hubiera dado á cada uno aquello de que más necesita! La soberbia ciega nuestra razón, y nos hace ver nuestra suerte con ese amargo desaliento con que se soporta todo lo que es injusto. ¡Cuánto hubiera brillado Valentina en su clase, si no anhelase, si no se creyese con derecho á otra más elevada! Pero así es la más desgraciada de todas las criaturas; y es lo más doloroso que sólo un milagro puede aliviar su fatal enfermedad, dando á su alma herida la paz que ha perdido.

No hay nada que haga tantos dichosos como la modestia: creyendo nuestros méritos escasos, nos parece siempre demasiado lo que poseemos, y estamos contentos con nuestra suerte.

Buen ejemplo de esta verdad es la pobre Petrita, que cada día da mil gracias al cielo *por haberle proporcionado la dicha de conocerme*: éstas son sus palabras. La pobrecita se cree un monstruo de fealdad, y estima como un beneficio la compasión á que tiene derecho su desgracia; agra-

dece el pan preciso para su alimento, el vestido que la liberta del calor, la flor que recrea sus ojos, el asiduo trabajo á que se le obliga; todo, hasta sus penalidades, lo agradece como un inmenso favor; cree que es en ella un deber el estar alegre, risueña, y no hay nada que altere su paciencia y buen humor.

¿No es una felicidad para esa criatura el tener un alma tan sensible, un corazón tan agradecido? Nadie puede ser dichoso haciendo desgraciados á los que viven en derredor suyo, y la alegría y la paz son comunicativas; su madre, viviendo con el pan de la limosna, es la más dichosa de las mujeres.

El número de pensionistas ha aumentado de una manera considerable. El trabajo, los cuidados se han duplicado para mí; pero no importa: sabiendo distribuir bien el tiempo, da éste mucho de sí. Esto, mi querida niña, usted lo sabe mejor que nadie; usted que hallaba medio para tener aseado y elegante su equipaje, para dar sus lecciones, para estudiar con asiduidad y hasta para trabajar para los pobres; bien sabe usted cuántas veces hemos compadecido las dos á los ociosos y á los que se dejan dominar por la pereza.

Querida Mélida, no terminaré ésta sin encargár á usted la mayor circunspección respecto al hijo del alcalde; las pasiones de esos labriegos tienen algo de feroz: crea usted á mi corazón y eche en esa hoguera el hielo de su indiferencia.

HONORIA.

XII

César de Montemar á Camilo de Peñafiel.

Barcelona, Julio de 18...

Concede al menos una mirada con los ojos del alma, que todo lo ven, aunque nada miran ostensiblemente, á tu dichoso amigo; si, dichoso: lo digo desafiando á tu incrédula sonrisa, que también diviso desde aquí.

Camilo, ya sabes que me ha llegado la vez de compadecerte, por dos cosas: la primera, porque prefieres vivir, siendo español, en ese París farsante, engañoso y superficial, á habitar en tu patria, tan bella y tan alegre; la segunda, porque crees en pocas cosas, y aun en esas pocas, contra tu voluntad.

Me hallo tan bien en Barcelona, que á no ser por ir á abrazar á mi madre, jamás saldría de ella: la ciudad es bella, alegre, y su ambiente es tan puro como su cielo; además, he hallado aquí una joven á la que creo consagraré el resto de mi vida.

Mucho debe sorprenderte esta brusca é inesperada confidencia, ¿no es verdad? Me parece que

amo ya, á pesar de que tú me has pronosticado mil veces que no amaría nunca; y si es así, amaré más de veras que tú.

El objeto es digno, según tú creerías si lo vieras: figúrate una joven de cerca de diez y ocho años, bastante alta, esbelta y majestuosa; su tez es de ese moreno mate claro, preferible á la más delicada blancura; sus ojos negros se parecen á esas estrellas que nos sonríen en medio de la noche; sus cabellos negros son luengos y sedosos como los de las vírgenes romanas: jamás he visto una majestad tan perfecta y tan bella.

Se llama Clara de Campoverde; es de una ilustre familia, amiga de la mía, y ¡pásmate, oh incrédulo mortal! esta hermosa niña me estaba destinada desde hace largo tiempo por su madre y por la mía.

No sé cómo explicarte, Camilo, la especie de fascinación que Clara ejerce sobre mí, á ti, que eres tan docto para comprender y explicar lo que nadie entiende: sólo sé decirte que, al lado suyo, me parece que soy más dichoso que en mi vida lo he sido.

Gracias á esto, no siento tanto, como sentiría en otra ocasión, la próxima separación de mi ayo: este excelente señor espera sólo á dejarme al lado de mi madre, que se halla ahora en un pueblecillo de Aragón, para volverse á sus pacíficos lares. Sí, Camilo. Dos grandes acontecimientos va á haber en mi vida: el quedarme sin ayo, y el sepul-

tarme por algún tiempo en un florido valle, después de haber visto las más hermosas ciudades del mundo.

A pesar de las nuevas emociones que experimento, ó tal vez á causa de ellas... ¿lo crearás, Camilo? hay en mí cierto vacío, cierta cosa desconsoladora y triste. Yo no sé lo que anhelo ni por qué suspiro; yo no sé lo que deseo ni lo que pido á la vida; pero yo sufro, y á veces... ¡me canso de vivir!

¿Será acaso porque tratan de casarme? ¡Sí! ¡Ya dejé escapar la palabra fatal! Camilo, hoy entro en la vida, y mi madre, tierna, pero severa, teme que me pervierta en el mundo, que me abra de par en par sus puertas, y me ofrece un hogar y una familia.

Sin embargo, Clara es hermosa y noble; aún tiene otro mérito para mí, que es el de la pobreza: jamás hubiera yo podido amar á una mujer rica. No: la mujer no debe tener más dotes que la belleza, la bondad y el amor.

Todos éstos brillan en Clara, como en el cielo esos dorados luceros que nos anuncian la aparición de la noche; me ama hasta la pasión. Sí: la pasión rebosa en sus ojos y en su sonrisa, y la adoración con que me mira casi me hace ruborizar por ella; le faltan para mí dos cosas: el encanto de la tristeza, y ese pudor suave y dulce que envuelve á la mujer como un diáfano velo. En esta joven todo es extremado: si odiase, sería te-

rrible; amando, subyuga y arrastra con la fuerza de su misma pasión.

Después de todo, es una dicha el ser querido así, y debo dar gracias al cielo, que me proporciona la felicidad obedeciendo á mi madre.

Ya tengo deseos de fijar mi vida y mi destino, Camilo. ¿Qué he sido yo hasta hoy? Lo que tú me has dicho tantas veces compadeciéndome: un niño rico y mimado en la apariencia, pero en realidad encerrado siempre en una jaula de oro; un pájaro á quien cortaron las alas y que siempre ha mirado al cielo sin poder llegar á él. ¡Oh, cuánto he llorado la pérdida de mi padre! ¡Cuán feliz hubiera sido bajo su augusta protección! Heme aquí hoy frente á la vida, ignorando lo que es y lo que vale, conociendo algunos de sus dolores, y sin haber saboreado ninguna de sus dichas; heme aquí frente á un destino obscuro que no titubeo en aceptar y que aún no sé lo que me tendrá reservado. ¿Qué soy yo? Un muchacho que ha visto muchos países, que conoce la historia y los usos de algunas naciones, que ha admirado las grandes obras de la industria y de la civilización, y al que han vendado los ojos para que pasara por en medio de todos los goces de la vida. Nada he conocido hasta hoy del corazón humano; ni el amor ni la amistad me han brindado sus delicias, y todo es nuevo para mí, y todo me asombra, como al ciego que abre por la primera vez sus ojos á la espléndida luz del día,

¡Cuánto diera porque mi pequeño hermano tuviera edad bastante para ser mi amigo! ¡Cuánto diera por ser, en vez de un pacífico educando, un joven militar que hubiera probado, al menos, las emociones del combate!

Pero no, no me quejo de mi suerte; entre lo mucho inútil que me ha enseñado, he aprendido dos cosas más grandes que todas las demás: que Dios da á cada uno lo que le conviene, y que jamás debemos resistirnos á su paternal voluntad.

Debo llamarme feliz, porque hay dos mujeres que me aman; dos mujeres buenas, nobles, adorables: mi madre y Clara. Yo quisiera que vieras á ésta y disculparías el que me case á mi edad.

Y tú, Camilo, ¿llevas aún en París esa vida libre y alegre de que me decías hallarte tan contento? ¿Asistes á los teatros, á los bailes, á las grandes fiestas de la nobleza? ¡Qué diferencia entre nuestros destinos! Yo he visto aquí un teatro por la primera vez: la educación austera que mi madre encargó se me diese, ha ido más allá de sus deseos.

Adiós, y dime pronto si me compadeces ó me envidias: tal es tu excéntrico modo de pensar, que presumo sucederán las dos cosas.

Tuyo, como siempre,

CÉSAR.

XIII

Mélida á Mme. Honoria.

Urrea de Falón, Julio de 18...

Y qué, amiga mía, ¿tan grave, tan irreparable desgracia habría en ser amada de Juan Bautista y aun en que le amara yo? ¿Posible es que usted, tan bondadosa, tan sensible, tan justa, niegue el poder amar con nobleza á este joven campesino?

Yo, por mi parte, creo que el más agradable para marido es el hombre más honrado, el más recto en su modo de pensar, el más noble en sus acciones, y me parece que este joven es un modelo de probidad y de nobleza.

Pero dejemos esto, porque, amiga mía, ni hay motivo para que su tierno cariño se alarme, ni menos para que yo excuse un afecto que no existe y que tal vez no existirá jamás.

Hablemos ante todo de Clara, de mi hermana, á cuyo lado voy á vivir por fin después de tantos meses de triste separación.

Mi querida señora, forzoso es que yo abra á usted mi corazón, y le alivie así de una pena que le llena y le acongoja. Creo que mi hermana ama al hijo de la Mariscala; pero creo también que él

no está enamorado de mi hermana, sino alucinado por el reflejo de esa pasión que luce deslumbradora, y que le envuelve de un modo que no le deja lugar á reflexionar.

¿Y sabe usted por qué digo esto? Porque oigo cada día á la Mariscala, y aun á todos los criados antiguos de la casa, hablar del carácter de César: dicen que ha sido toda su vida fantástico, exagerado y voluntarioso; que todo lo nuevo le seduce y todo lo que posee le cansa; que se deja dominar por la ociosidad; que está lleno de vanidad y de caprichos, y que es propenso á esa amarga melancolía, que más bien merece el nombre de hastío, y que nada deja ejecutar con placer.

¡Qué esposo para Clara! ¡Para esta Clara arrogante, altiva, dominante, soñadora á su vez, y tan despegada de la vida real! ¡Qué porvenir para mi hermana, si uno de los dos no cede siempre y perdona al otro!

Amiga mía, yo creo dos cosas, y usted ha de dispensar á mis pocos años y á mi ignorancia del mundo si es errónea mi opinión: creo que en el matrimonio, si el esposo y la esposa son tolerantes, pueden éstos vivir en paz, aunque tengan graves defectos; pero si es uno solo el de condición suave, el otro debe ser constantemente la víctima.

¿Cuál de los dos lo será aquí? ¿César? No: la paciencia es para él una virtud desconocida.

¿Clara? Sin duda que tampoco: ella es buena

en el fondo, pero jamás cederá en cuestiones de amor propio.

Dejemos este asunto en manos de Dios y en las de mi madre, y volvamos los ojos á esta pacífica aldea, cuadro risueño y encantador que incesantemente admiro.

Hay aquí un vicario, modelo de sacerdotes, y al que no me canso de escuchar: ¡qué hermosa es la religión, qué grande, qué sublime, qué serena, cuando la acompaña la bondad! Este sacerdote, perfecta imagen de Jesucristo, halla para todos palabras de amor; jamás amenaza con los castigos eternos, y desviando el pensamiento de la justicia divina, sólo hace pensar en la misericordia; predica la virtud con buenas y dulces palabras, y aun más con el ejemplo; no hay nadie aquí que viva tan modesta, mejor diré, tan pobremente como él; y á no ser por su hermana doña Casilda, que le regaña, daría cada día á los pobres sus propios vestidos.

Valentina me pintaba á este santo anciano con los colores del ridículo. ¡Oh, qué triste debe ser el ver todas las cosas por su lado negro! Esta infeliz criatura tiene esta desgracia: nada excita en ella esa consoladora admiración que arranca lágrimas á los ojos y sonrisas al corazón. ¡Pobre Valentina! ¡Qué terrible desgracia le aqueja!

He acabado de convencerme de una cosa que ya sospechaba, y es que á los que son desgraciados por su culpa, nadie los compadece: he aquí á

la pobre Valentina, que ya no puede contar con el amor de su padre ni con la compasión de ninguno de los amigos de su casa; su pena es un insulto para estos buenos aldeanos, su ociosidad un mal ejemplo para las jóvenes. Le llaman *la señorita*, dictado burlesco, y que, sin embargo, tan bien se adapta á la delicada organización de Valentina: ni aun su encantadora belleza tiene para ellos ningún atractivo, pues, para desgracia suya, les ha llegado á ser completamente anti-pática.

¡Qué diferencia entre las dos hermanas! María es mucho menos bonita, y, sin embargo, tiene media docena de pretendientes donde elegir; sus maneras son casi rústicas, si bien templadas por una dulce humildad; da alegría mirar su pequeña figura gruesa, sus ojos azules, su boquita de coral y perlas; está dotada de una actividad extraordinaria; ayuda en las faenas de la cocina á la criada que nos sirve; cose, plancha las camisas de su padre, cuida de las gallinas y de la lechería; la aurora la halla cada día peinando sus espesos cabellos rubios, que alisa con agua, y que adquieren con ella tan puro y hermoso color dorado.

Esta niña es hoy el consuelo de sus padres, y el día en que se case hará la dicha de su marido.

Juan Bautista ha dejado de venir: su padre dice que está triste y desmejorado. Anteayer, domingo, le vi en misa: estaba vestido con más cuidado que de costumbre; su levita antigua había

sido reemplazada por otra nueva y de buen gusto. Es un joven gallardo, de elevada estatura, delgado, con un semblante expresivo, dulce y tranquilo; si hubiera nacido en otra clase, pocos podrían sostener con él la comparación.

Iba yo con la señora Marta: conservo, mi querida amiga, aquella afición á pasar durante el día algunas horas en la iglesia. La casa de Dios tiene para mi alma un encanto indecible: aquel silencio, aquella soledad, el perfume de las flores, la frescura del ambiente, disipan en derredor mío las sombras de la existencia; ahora que mi madre está lejos, es mi confidente la Virgen Santísima, á la que tan tiernamente he amado toda mi vida.

Juan Bautista nos vió, y se puso colorado... ¿mas para qué le hablo á usted de él? Yo quisiera olvidar que existe, amiga mía... y, sobre todo, deseo que venga mi madre para que lea en mi corazón unas páginas que yo no sé descifrar...

Valentina me encarga que la salude, y la abraza su apasionada

MÉLIDA.

XIV

Camilo á César.

París, Julio de 18...

Eres un pobre niño alucinado, y aunque debía estar lleno de enojo contra ti, sólo pienso en compadecerte. ¡Ah, sí! Prueba tu impremeditación y la natural injusticia de tu voluble carácter lo que dices en tu carta: *nunca, hasta hoy, he conocido el amor y la amistad...* De esta suerte, ¿qué he sido yo hasta hoy para ti? ¿Yo, que tanto me he desvelado en ayudar al digno anciano que ha dirigido tu educación, para que ésta fuese más completa y más brillante? ¿Yo, que he consolado tus tristezas, tu tedio, tus rabiets de niño; que he dirigido tus lecturas, que he dorado en lo posible los hierros de tu jaula, y, sobre todo, que te he velado treinta días durante tu enfermedad?

¡Qué duro, qué triste es tener que recordar esto á un amigo! César, siento no poder estimarte ya como antes, aunque te quiera del mismo modo.

Porque has de saber que no es el amor sinónimo de la estimación: el amor lo inspiran las gracias de la persona, y conduce hasta él esa irresistible atracción que se llama simpatía; la estima-

ción es producida por las bellas cualidades del alma. Se puede amar con ceguedad á una mujer, y negarle todo valor moral: entonces no se la estima.

Otro tanto sucede con los hombres, y eso es lo que me sucede á mi contigo. No te enojés de mi sinceridad, porque ya sabes que no sé mentir: te quiero, porque tienes para mí la doble atracción de la desgracia y de la inexperiencia; pero no puedo estimarte, porque no hallo en tí las nobles cualidades que pueden despertar y conservar mi aprecio.

En cuanto á lo que dices en el último párrafo de tu carta, acerca de si te envidio ó te compadezco, ya te he dicho que es lo último lo que hallo desde que veo tu presente y advino tu porvenir; y no sólo te compadezco á ti, sino que me lastima el pensar en la suerte de la desgraciada niña con la que vas á enlazarte. Si puedes, César, retrocede y niegate á esa unión, porque los dos seréis en ella muy desventurados.

Creo que en el matrimonio hay que tenerse muchos miramientos: que si la esposa puede llevar al esposo al camino de la paz y de la prosperidad, éste debe guiarla á ella constantemente; que debe disimular sus defectos y hacer resaltar sus buenas cualidades; que debe ser para ella un padre y un tutor, á la par que un amante.

¿Te consideras tú capaz de ser todo eso para Clara?

¿Crees que podrías llenar los arduos deberes de tu nuevo estado; que podrías ser para tu esposa un compañero cariñoso y afable, un apoyo entrego y fuerte, el sostén de un ser débil, y, finalmente, el jefe de una casa y de una familia? No me respondas, porque no quiero obligar á tu pluma á estampar un *no* doloroso ni á mentir con un *sí* aventurado.

César, tú no puedes saber las horribles desgracias que han ocasionado los matrimonios de dos niños. Cuando se toman por amor las ilusiones del corazón, el desengaño es un amargo fruto, al que no precede florescencia alguna; yo, á mis veintiocho años, he visto jóvenes esposas hastiadas, asediadas con los sagrados deberes de la maternidad; maridos cansados de serlo, abrumados de tedio, y buscándose distracciones indignas, de esas que asesinan para siempre la paz y el reposo de la familia. No es extraño ver surgir el suicidio de esas uniones monstruosas, que la razón condena y el corazón llega á aborrecer, porque, César, tú no sabes tampoco qué cosa tan terrible es esa cadena que sólo la muerte puede desatar, cuando se deshojan, se marchitan y perecen las flores que encubren su frío yerro.

La mujer puede ser esposa sin haber visto nada de la vida, y es conveniente que lleve al altar toda la inocencia de su alma: sólo necesita una fe pura y un amor á toda prueba al hombre que elija; tener bondad, un poco de talento, y, sobre to-

do, saber sentir; ¡pero el hombre! éste necesita poseer muchas otras cosas que no posees tú: necesita hacerse, antes que amado, estimable; necesita que se crea en la solidez de su juicio, en lo elevado de su entendimiento, de su fortaleza, en su prudencia, en su bondad; necesita que se le considere recto y severo, valeroso y sensible; necesita que su mujer le respete, le estime, al mismo tiempo que le ame; ser para ella el hombre mejor y más digno, á fin de que no piense siquiera en que existen los otros.

El matrimonio exige en el hombre esa elegancia doméstica, que es la más difícil de todas, porque está al lado de la prosa de la vida; esa continuidad de miramientos y de galantes atenciones que disminuyen y ahuyentan el tedio de la costumbre; esa delicadeza de modales que tanto agrada á las mujeres; esa dulzura de lenguaje que las encanta, y que es más el hermoso contraste con la fuerza moral, con la potestad irrecusable del marido; ese don del consejo, tan difícil cuando se dirige á un ser débil y obcecado como suele serlo la mujer; esa elocuente lógica que hace duras reflexiones, y que repito sin cesar: *lo que te digo es por tu bien*; esa graciosa cortesía que dice á la mujer, ajada por los cuidados y las penalidades: *tú eres siempre la que amé y la dulce soberana de nuestro hogar*. Para ser esposo se necesita saber reprimir, halagar, seducir, perdonar, persuadir, aconsejar; se necesita ser dulce y

fuerte á la par; unir al amor, la prudencia, la abnegación y muchas veces el sacrificio; y cuando la mujer es bastante imprudente y bastante desgraciada para dejar secas las flores del hogar doméstico; cuando aparecen en su figura ó en su alma defectos desconocidos, se necesita la fortaleza suficiente para saber decirse: *yo elegí*.

No dejes, pues, que *te elijan*, querido César; elige tú y haz como yo: espera. No me he casado todavía, porque me faltan muchas cualidades de las que te he enumerado, y que, á mi parecer, debe tener un buen esposo.

Indirectamente, y como una lanzada que se asesta por la espalda, me dices que soy incapaz de amar. No, mi querido niño: he creído amar más de una vez... y me he engañado.

Sé que de la mayor parte de los extravíos de las mujeres tienen la culpa sus esposos, que las dejan en una absoluta soledad moral, y he de amar mucho antes de casarme, para que no me fastidie nunca mi mujer.

Termino ésta anunciándote que nos veremos pronto en Madrid, y asegurándote que te quiero como siempre, á pesar de ser tú un ingrato para tu amigo

CAMILO.